

El mensaje cristiano: una llamada universal al amor

The Christian message: a universal call to love

Clara Medina Serra, CSM

Resumen

El artículo plantea la universalidad de Jesús y su mensaje, cuyo centro es el Mandamiento del Amor. Se desarrollan los principios de una humanidad común, aquello que humaniza o deshumaniza. A partir de la humanidad común se propone acoger y amar a los demás en una comunión universal, sin excluir a nadie.

Abstract

The article raises the universality of Jesus and his message, whose center is the Commandment of Love. The principles of a common humanity are developed, that which humanizes or dehumanizes. From this common humanity, we are invited to welcome and love others in a universal communion, without excluding anyone.

Palabras clave

Jesús – amor – humanidad común – diálogo – humanizar

Key words

Jesus – love – common humanity – dialogue – humanize

El mensaje cristiano: una llamada universal al amor

*Clara Medina Serra, CSM
Casa de Espiritualidad San Eugenio de Mazonod, Iquique
claramese@gmail.com*

El presente artículo pretende esbozar una reflexión en torno a la universalidad del mensaje de Jesús que se centra en el Mandamiento del Amor. Este es el mensaje que los evangelios retoman de la revelación veterotestamentaria en el Deuteronomio (Dt 6,4-5). En estas páginas, varios autores nutren mi reflexión: José María Castillo, Martín Gelabert Ballester, Jacques Dupuis, Eberhard Jüngel, Geneviève Comeau y el hermano Roger de Taizé. Este último basa su experiencia de fe y vida en que Dios solo puede darnos su amor. Es una idea que me ha cautivado desde el primer momento que se la escuché de niña al mismo hermano Roger en Taizé. La experiencia de Taizé me introdujo en el ecumenismo y en el diálogo interreligioso, es decir, ¿cómo ir encontrando puntos en común con aquellos hombres y mujeres que parten de presupuestos religiosos diferentes, e incluso, de ningún presupuesto religioso? ¿Cómo vivir la fe cristiana inmersos en un mundo plural? ¿Cómo hablar de la unicidad de Jesucristo y al mismo tiempo, entrar en diálogo con las otras religiones?

Propongo a lo largo del escrito aquello que considero necesario para poder comenzar un diálogo: la humanidad común. Intentaré desarrollar qué es aquello que se define como humano y aquello que nos deshumaniza. También me acercaré a la idea de comunión, pues creo que está estrechamente relacionada con todo lo anteriormente planteado. Para todo ello,

me parece necesario pensar en la idea de un Jesús presente en todas las religiones.

1. Universalidad del mensaje de Jesús

Para comenzar, me detengo en la persona de Jesús como paradigma. Su vida misma fue una constante de gestos concretos de amor. Ahora bien, ¿los gestos realizados por Jesús pueden ser universalizables? ¿Son válidos para todo ser humano en el proceso constructor de una sociedad mejor, más justa, anclada en la búsqueda de la verdad y del bien? Junto a G. Comeau, es posible preguntar en ese sentido: “¿Cómo está la cuestión cristológica? ¿De la universalidad y de la unicidad de Jesucristo? Esta se coloca de manera diferente según las corrientes y según los pensadores”¹.

Es un tema complejo de la teología, y delicado por lo que pueda parecer como una cierta invasión y prepotencia frente al no cristiano. De ahí la necesidad de una búsqueda sincera, yendo a las raíces y la fuente de la fe cristiana.

El punto de arranque es la Revelación. El Dios revelado es un Dios que se encarna, que se da a conocer, próximo, que nos desvela parte de su misterio y se nos manifiesta, esencialmente, como un ser en relación. Jesucristo, el Dios encarnado, tiene un actuar, un decir, un estar, donde nadie es excluido, provenga de donde provenga y se encuentre en la situación que se encuentre. Con una predilección por el “hombre en carencia” (pequeños, pobres, enfermos, viudas, extranjeros, pecadores...). Todos son mirados desde su realidad personal concreta y amados en su humanidad herida.

¹ Geneviève COMEAU, “L’universalité de Jésus-Christ à l’épreuve”, en S.E.R.I. Études 416 (2012) 3. Nota: todas las citas de la autora que estaban en francés han sido traducidas por mi persona.

La universalización implica la validez de los gestos de Jesús para todos. Y son válidos porque son gestos humanizadores. Jesús, con sus palabras, sus gestos y la donación de su propia vida, nos dice que la salvación ofrecida por Dios no tiene fronteras. Es precisamente esto lo que él nos revela del Padre. De hecho, conocemos bien las parábolas del hijo pródigo, del buen samaritano: Dios ama infinitamente.

Cuando Jesús plantea a sus discípulos la esencia de su mensaje, su trabajo consiste en abrirles los ojos a las necesidades universales de la humanidad. Nadie queda al margen de su campo de acción liberadora. El fariseo, la prostituta, el publicano, el centurión, los enfermos, los sanos. Jesús invita a amar sin exclusivismos.

Esta invitación a vivir desde el amor la podemos entender como ecuménica, y eso implica escucha, apertura y respuesta dialógica. Esto va muy en relación al sentido de la vida; una vida entendida desde la relación con otros.

Respetar al otro en su alteridad me hace crecer en identidad. Y así, crecemos los dos en humanidad. Lo humano es lo que nos une, lo universal auténtico. Pero lo humano siempre se realiza en lo particular. De ahí que la verdadera universalidad no es la del que pretende acapararlo todo, destruyendo las diferencias, sino la del que es capaz de entrar en relaciones con todo. Dios es absoluto porque está en relación con toda la realidad².

Esta relación con el otro ha de estar impregnada de libertad. Relaciones abiertas donde todos son acogidos. Ello supone entender el mundo como la gran familia humana. Y desde aquí comprender que la auténtica universalidad nos remite al amor.

² Martín GELABERT BALLESTER, "Las religiones inspiradoras de humanización", en *Veritas: Revista de Filosofía y Teología* 14 (2006) 157.

La declaración *Nostra aetate* del concilio Vaticano II afirma: “Todos los pueblos forman una sola comunidad; tienen un mismo origen, pues Dios ha hecho habitar a toda la raza humana sobre la faz de la tierra; tiene también un último destino, Dios, cuya providencia, testimonios de bondad y designios de salvación se extienden a todos” (NA 1).

2. Una humanidad común

Pero, al margen de utopías y, más allá de nuestras culturas, orígenes, historia, ¿es posible encontrar un punto en común? Si es así, ¿qué nos une como seres humanos? “Se puede afirmar, según parece, que hay algo muy elemental, enteramente básico, que se da en todo ser humano por el solo hecho de serlo. Y eso es, por tanto, aquello en lo que no existen diferencias, es decir, en lo que todos los humanos coincidimos”³.

Precisamente nuestra humanidad es lo que nos une. J. M. Castillo, en su capítulo “Lo mínimamente humano”, describe tres elementos comunes: nuestra esencia de ser de carne y hueso; nuestra naturaleza social, es decir, la relación de alteridad; nuestra individualidad que nos remite a obrar con libertad. Estos elementos son básicos, los compartimos entre todos.

Porque todos compartimos la humanidad, podemos arriesgar una palabra sobre lo que es auténticamente humano. Si las religiones pretenden ser lugares de realización humana, esa realización no puede reducirse a un vago sentimiento de bienestar individual, sino a la plenitud humana. Lo humano que buscan las religiones es lo humano integral, la realización de mi “yo con los otros en el mundo”, un yo en el que quedan potenciadas todas las dimensiones de la persona, y entre estas dimensiones se cuenta mi estar con los otros, el bienestar

³ José María CASTILLO, *La humanización de Dios*, Trotta, Madrid 2009, 191.

de los otros, y un mundo armonioso, hogar en el que todos quepan y quepan bien⁴.

Por lo tanto, la humanidad va estrechamente relacionada con el bien común, con la universalidad del amor.

Ahora bien, volviendo al punto anterior, podemos preguntarnos: ¿la vida de Jesús puede ser enmarcada en esos presupuestos básicos que nos plantea Castillo?

Sin duda alguna. Jesús, el Dios encarnado, vivió absolutamente nuestra realidad. Por lo tanto, sintió, sufrió, se cuestionó, se alegró, pasó necesidad, se apasionó, emocionó, lloró, tuvo miedo, etc. Exactamente como uno de nosotros. Esto en ocasiones resulta complicado de entender. ¿Cómo entender a un Dios que se hizo hombre? ¿Cómo hablar de una realidad tan compleja sin traicionarla?

Jesús no solo asume nuestra humanidad, sino que la asume como humanidad en plenitud, como donación personal para la salvación del otro. Una donación incondicional por la eliminación de todo mal, de aquello que degrada, envilece y menosprecia al hombre. Fue capaz de abajarse, anonadarse hasta lo último con tal de salvar a todos. Y todo ello por amor. “Dios nos ama antes de que lo amemos. Amados con tal amor de eternidad, presentimos que nuestra respuesta es, sobre todo, de abandonarnos”⁵.

3. Invitados a vivir una comunión universal

Creemos relevante decir que nosotros, como seres humanos, tenemos sed de absoluto, de sentido, y esto apunta al misterio. El Dios encarnado satisface el ansia de profundidad, la sed de

⁴ Martín GELABERT BALLESTER, “Las religiones”, *op. cit.*, 151.

⁵ Hno. Roger de TAIZÉ, *Dios solo puede amar*, PPC, Taizé 2005, 37.

lo eterno y de una vida humana y humanizadora. Ser parte de la comunidad de creyentes implica apertura al Dios de la vida, iniciación en el misterio. El hermano Roger de Taizé decía: “Cristo no ha venido para crear una religión más, sino para ofrecer una comunión de amor a todo ser humano”. Pero, ¿Qué significa eso de comunión? ¿Es posible una comunión en un mundo marcado por infinitos tipos de fronteras, en un mundo quebrado? ¿Entendemos a Dios desde la unidad? Existimos dentro de un mundo común, ¿cómo existir con los demás? Y en ese encuentro con el otro, ¿cómo vivimos el clamor de las víctimas? ¿Las injusticias? “La comunión con Cristo te da el coraje para comprometerte en la construcción de una tierra habitable: que el que nada tiene, el que es víctima de la injusticia, no caiga en el olvido”⁶.

Y ¿qué difícil es comprender esta realidad! Hemos de entender, por ejemplo, a la pobreza como una revelación de la humanidad misma. Sería muy peligroso perder esa capacidad de asombro ante lo inhumano; sería terrible que llegáramos a quedarnos indiferentes ante hechos como la desigualdad, el hambre, la violencia, la pobreza, las divisiones... Sería deshumanizarnos.

Esa deshumanización es la que critica Jesús en la parábola del Samaritano (Lc 10, 29-37). Él les enseña a los discípulos a abrir los ojos para que “vean” al herido del camino. A todos los heridos de los caminos. Otros pasaron “sin ver”.

Vivir la comunión universal, vivir humanamente desde la perspectiva del Evangelio de Jesús, implica amor a la sencillez de vida, gratuidad, implica salir de uno mismo para ir al encuentro del otro. Y esto es comunión universalizable. Lenguaje entendible por todos.

⁶ Hno. Roger de TAIZÉ, *Las fuentes de Taizé*, PPC, Taizé 2005, 26.

Se ha de dar dentro del cristianismo una exigencia de descubrirse a uno mismo para poder acercarnos y descubrir al otro. Este movimiento siempre implicará riqueza. No existen culturas o religiones peores o mejores; el diálogo debería “justificar” a todos. Hemos de ser creadores de vivencias que trasciendan, que se conviertan en actos concretos. Actos que broten desde perspectivas ecuménicas, universales, éticas, etc. Y la vida de Jesús es un vivo ejemplo de esto.

4. Lo que nos humaniza; lo que nos deshumaniza

El proyecto de Dios es un proyecto de humanización. Ahora bien, ¿cómo humanizarnos? Ciertamente resulta complicado hablar de humanización en un mundo donde sobreabunda la violencia, la división, la pobreza, la mentira, las injusticias, etc. Todo esto nos deshumaniza, por lo tanto, nos aleja del proyecto de Dios. Pero también es verdad que “el Dios que presentó y representó Jesús es un Dios que se hace presente, ante todo y sobre todo, en la humanidad, en lo humano de los seres humanos”⁷. Hablar de la humanización, por lo tanto, es hablar del deseo de Dios de acercarse más a los seres humanos, a todos sin excepción; es el hecho de manifestarse entre nosotros, de implicarse hasta donarse con gratuidad. Ya en los evangelios leemos: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20). Esta humanización de Dios no solo nos remite a la encarnación sino a todo lo que conlleva la humanidad. Como anteriormente nombrábamos, incluye anonadarse, abajarse hasta lo último, amando hasta el extremo. Todo esto abarca un movimiento de descenso, desde lo divino hasta lo humano, desde Dios hasta el hombre.

⁷ José María CASTILLO, *La humanización de Dios*, op. cit., 201.

Dios se identifica y funde con lo humano. “Lo que más distingue al Dios de Jesús es su humanidad. Con esto quiero decir que al Dios que se nos dio a conocer en Jesús, lo encontramos ante todo en lo humano, antes que en lo sagrado, en lo religioso o en lo espiritual, como algo contrapuesto a lo simplemente humano sin más”⁸. Leer esto quizás pueda resultar chocante. ¿Cómo va a estar Dios ante todo en lo humano? Antes de juzgar esta afirmación tendríamos que meditar cual es la idea que tenemos de humanidad.

Tendemos a confundirlo con debilidad o pecado y acabamos expresando frases como: “peco porque soy humano”, “yerro, pues soy débil y humano”. Esta idea, casi impregnada en los cristianos, deberíamos superarla. El pecado es algo externo a nuestra humanidad. Es más, estamos llamados a realizarnos desde la plenitud humana. Es por ello que afirmamos que Jesús fue plenamente humano. “En Jesús descubrimos que la humanización de Dios trasciende lo humano porque supera y elimina cualquier signo o forma de deshumanización”⁹. Por lo tanto, la trascendencia implica superar aquello que deshumaniza, es decir, aquello que es inhumano.

Por otra parte, vemos que estamos inmersos en un mundo donde la pluralidad prima. Hoy en día llegamos a convivir en un mismo espacio geográfico, gente de varias culturas y religiones. Y esto en ocasiones nos asusta; tendemos a cerrarnos ante el otro, a creer que manejamos una única verdad, juzgando al prójimo pensando que anda en error. Pero, ¿cómo encontrar comunión con el diferente? Necesitamos de apertura, pero sobre todo, vivir desde el amor. Jesús ya nos daba pistas: “Amen a sus enemigos” (Mt 5,44). El amor no solo es para el conocido y

⁸ *Ibid.*, 202.

⁹ Martín GELABERT BALLESTER, “Las religiones”, *op. cit.*, 199.

amigo, sino conlleva universalidad, y esto puede ser un punto en común con aquel que me resulta extraño. Para ello es necesario entrar en una dinámica de confianza.

5. Diálogo interreligioso

Como cristianos, y conscientes de que somos habitados por el Espíritu Santo, hemos de transmitir a otros la confianza de la fe. En esta dinámica es fundamental la escucha, el conocimiento de sí y del otro sin juicio previo. Hemos de crear siempre un clima de acogida, cercanía, y por lo tanto de aceptación y respeto. En la dinámica del diálogo es necesario fidelidad a las propias convicciones y apertura a lo diferente. Desde ahí, se puede llegar a un verdadero encuentro con aquel que parte de presupuestos diversos. Solo así se podrá llegar a la reconciliación.

También, implica conocer al otro desde sus creencias. “Conocer la religión del otro significa más que estar informado sobre su tradición religiosa. Supone meterse en la piel del otro, caminar sobre sus pasos [...] penetrar en el sentido que tiene para el otro ser hindú, musulmán, judío, budista o lo que sea”¹⁰. Para ello, hemos de vivir desde una fe integral, auténtica.

Ahora bien, para transmitir confianza y entrar en este dinamismo de apertura, es necesario no absolutizar la propia creencia desvalorizando la distinta, sino más bien hay que dar testimonio desde la propia fe. “Las religiones no pueden afirmarse oponiéndose. La verdad de mi religión no depende de la falsedad de las otras”¹¹.

Para el diálogo interreligioso, pensamos que es necesario partir desde la libertad. Es decir, la libertad de respetar al otro

¹⁰ Jacques DUPUIS, *Jesucristo al encuentro de las religiones*, Paulinas, Madrid 1991, 323.

¹¹ Martín GELABERT BALLESTER, “Las religiones”, *op. cit.*, 153.

en su diferencia, y la libertad de expresar la propia experiencia de Dios desde una posición crítica. Mediante este ejercicio de libertad estaremos más cerca de nuestra humanización. “Las religiones solo humanizan cuando son libres”¹². Dentro de este proceso de humanización cada uno ha de buscar su vía, y en ese caminar hallar lo común para empezar a crear juntos.

Jesús es el que nos enseña a tener esta actitud, a amar a los más pequeños invitándonos a ser los últimos. Él mismo nos dijo que lo que hiciéramos con uno de estos -los débiles-, lo estaríamos haciendo con Él.

¿Cómo abordar desde aquí el encuentro con las otras religiones? Más allá de las diferencias culturales, ideológicas o históricas, existe algo que unifica –aparte de lo que anteriormente afirmábamos acerca de la humanidad–, que es el deseo de lo trascendente, de poder abrirnos al Misterio, el deseo de poder hallar respuestas desde lo profundo de nuestro ser. Dios es un misterio pero un misterio de comunión. Dios, a partir de su ser creador, unifica, genera comunión. ¡Y qué necesario es esto hoy! Acoger al diferente, salir de nuestras cerrazones, confiar, acoger con gratuidad... Vivimos en un mundo donde la inseguridad está a flor de piel, donde cuesta creer y donde, en muchas ocasiones, el otro es considerado como enemigo. Ahora bien, ¿cómo romper fronteras de convicciones religiosas para encontrarse con los otros?

El cristianismo tiene una particularidad a ofrecer a otras religiones, y es la fuerza que nace de la novedad asombrosa de la Encarnación. “Dios es humanizador. Cuanto más nos asemejamos a Él, más humanos somos”¹³. Estamos llamados

¹² *Ibid.*, 154.

¹³ *Ibid.*, 146.

a vivir el misterio de comunión que inicia Jesús con su vida encarnada.

La encarnación nos permite, por un lado, hallar en nuestra propia humanidad la presencia divina, el don recibido, y al mismo tiempo ver en el encarnado que a través de su vida, una vida en cruz, se encuentra el resto del mundo. Es por ello que afirmamos que Jesús ha atravesado todos los estados de la vida humana. Este movimiento requiere ver al otro desde un “nosotros”, desde un descubrimiento del yo que descubre al tú y culmina en un nosotros que trasciende; una relación orientada al amor como plena realización del hombre y de la humanidad. Por lo tanto, estaríamos viendo al otro en su alteridad. Estar abierto a todos implica apertura a aquellos que parten desde presupuestos muy distintos a los nuestros. Y esto es un desafío hoy para el diálogo, un reto para las sociedades divididas.

Creemos que el camino de la vida cristiana, del seguimiento de Jesús, el camino hacia el diálogo con el otro, pasa por la vivencia humanizadora del amor como experiencia esencial, vital, radical. Esta nos lleva al misterio, a la esencia de Dios. A partir del amor, podemos intuir la hondura de la Encarnación: Dios viene a encontrarse con la humanidad.

Por lo tanto, deducimos que nuestra vida de cristianos ha de parecerse a la de Jesús, una vida entregada sin condición, más allá de las diferencias culturales, religiosas o sociales. Tendríamos que volver, retomando lo que anteriormente mencionábamos respecto a lo que nos unifica como creyentes -la sed de Dios-, a la vivencia honda de un Dios encarnado y unificado de forma universal. “El hombre «humano» es aquel que reconoce que tanto en la vida como en la muerte no puede

prescindir de la ayuda divina”¹⁴. Un Dios encarnado en los pobres, en los ajusticiados de este mundo globalizado. Ahora bien, ¿cómo entender el pluralismo religioso dentro de este contexto? ¿Qué aporta la experiencia cristiana?

6. Fundamentación bíblica para la universalidad del mensaje de Jesús

Por otra parte, a nivel bíblico, podemos encontrar varios pasajes claves que nos ayudan a profundizar en la idea de que el mensaje de Jesús es universal, y por lo tanto es un lenguaje que nos permite dialogar con otras religiones. Jesús siempre muestra una actitud de apertura. Además, se abre a los que no pertenecen al pueblo de Israel, dialogando e interactuando con ellos y reconociendo aquello que tienen de positivo.

En los Evangelios, en primer lugar, encontramos en Mateo 28 el mandato misionero. Jesús, mostrando su autoridad, da el mandato de salir a la misión haciendo discípulos a todos. Este “todos” incluye gente de diferentes culturas, zonas geográficas y creencias. En este mismo Evangelio, en el capítulo 8, nos asombra la fe del centurión que no le cuesta creer a pesar de ser pagano. Jesús lo valora mucho. Por lo tanto la fe no se reduce a una cultura en específico.

En el Evangelio de Marcos, también está presente el mandato misionero de anunciar la Buena Nueva a todos. Todos los discípulos son llamados a recorrer sus sendas, seguir sus huellas. Los caminos marcados por Jesús, reflejados en el Evangelio de Marcos, llegan a todos los rincones del mundo. Nadie es excluido de recibir la buena nueva de la salvación, y

¹⁴ Eberhard JÜNGEL, “Humanización del hombre”, en *Menschwerdung des Menschen, Evangelische Kommentare*, 17 (1984) 4.

nosotros hemos sido llamados a anunciar, siguiendo los pasos de Jesús, es decir, con su estilo, su mensaje liberador.

Por otra parte, a lo largo del Evangelio de Lucas encontramos también varios pasajes que hablan de esta apertura de su mensaje a todos. Después del momento de Emaús, en el capítulo 24, se habla de la predicación en nombre del Señor para el perdón de los pecados a todas las naciones. Lucas se caracteriza por utilizar siempre un lenguaje inclusivo, presentando a Dios como aquel que cumplió con su pueblo, dando a conocer la salvación como algo universal. En Hechos de los Apóstoles, esta universalidad la muestra a través del Espíritu Santo: “Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8). Por último, a través del Evangelio de Juan, se nos invita a anunciar la Buena Noticia del Resucitado a todos.

Que textos de esta índole queden reflejados en los Evangelios, habla por sí mismo de cómo aquellos hombres sencillos, cerrados en su cultura judía, convencidos que la salvación venía exclusivamente de los judíos, captaron un mensaje diferente, abierto, y vivieron una experiencia de transformación personal en lo universal. Esa transformación se produce en el tiempo vivido con Jesús. “Jesús universaliza a sus discípulos al comunicarles su pasión por la humanización del mundo”¹⁵.

Ahora bien, ¿cómo entender la universalidad de Jesús como el único salvador? ¿Cómo encontrar puntos en común a partir de lo anteriormente planteado?

¹⁵ Geneviève COMEAU, “L’universalité”, *op. cit.*, 8.

7. Jesús, ¿presente en todas las religiones?

Existen diferentes posturas. Resulta complicado profundizar acerca de la presencia de Jesucristo en todas las religiones, así como poder responder ante la inquietud del teólogo Claude Geffré, cuando se pregunta: “¿Cómo afirmar la universalidad de Jesucristo como único mediador entre Dios y los hombres sin privar a las demás religiones de su valor salvador?”¹⁶ Pero consideramos esencial poder detenernos en esto. El teólogo francés habla de una unidad relacional. Esta, como el centro del mensaje cristiano.

Es necesario renunciar a una teología metafísica del Logos por encima (dominando) de todas las religiones, que debilitaría el vínculo entre el Verbo y el Jesús de la Historia. Partiendo del núcleo del mensaje cristiano, es decir, de la manifestación de Dios en la particularidad histórica de Jesús de Nazaret, podremos comprender la unidad singular del Cristo, que no es una unidad por antonomasia o de integración, sino una unidad relacional¹⁷.

La originalidad del mensaje cristiano, así como la singularidad de Jesús, puede llegar a todo ser humano. El Dios de los cristianos es un Dios en continua relación, un Dios que se hace humano y desde ahí, va atravesando y abriéndose a los diferentes estados humanos, ampliando el horizonte de la humanidad entera. Dios, al hacerse hombre, al vivir la pasión y muerte desde la cruz, nos demuestra cuán grande es su amor por nosotros. Se hace presente, es semilla viva. A través de su vida, descubrimos a un Dios que dignifica, que cuida a la persona en su integridad, que constantemente transforma realidades. Es por ello fundamental poder entrar en diálogo a partir de una encarnación entendida como el “universal concreto”. A partir

¹⁶ Claude GEFFRÉ, citado en *ibid.*, 3.

¹⁷ Claude GEFFRÉ, citado en *ibid.*, 3.

de esta realidad concreta, podemos hallar a Dios en nuestra propia historia. “Jesús de Nazaret resucitado continúa señalando a Dios más allá de sí mismo. [...] Dios es absoluto, pero ninguna religión es absoluta”¹⁸. Dios se hace para todos nosotros desde una forma enteramente humana. Pero ello no significa que se agote su acción salvífica universal. Más allá de la cuestión salvífica, se halla el tema de la humanización. Es aquí donde se pueden producir realmente los encuentros entre creyentes de diversas religiones.

El mensaje de Jesús sobre la humanidad es universal, porque el fin y el deseo de cada persona es ser plenamente humano. Jesús lo fue, por eso es un paradigma. Los cristianos creemos que Jesús habla a todos.

A modo de conclusión

Jesús no pone en el centro la religión sino al hombre y su dignidad. Es el centro de la espiritualidad cristiana. “Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16). Esta es la base del mensaje de Jesús, es el núcleo de la revelación cristiana. Por lo tanto es lo que da sentido a la vida del cristiano.

Nuestra naturaleza humana está creada para amar, y solamente nos realizaremos amando. Pero el descubrimiento de esa realidad implica una profunda experiencia de encuentro, al estilo de lo vivido por los apóstoles. Y ahí entra la llamada universal al amor. Un amor que es sed y fuego a la vez, agua viva y generosa entrega. “Fuego he venido a traer a la tierra y que quiero sino que arda” (Lc 12,49). Para el cristiano, la contemplación de la Palabra viva del Maestro es un compromiso continuado en un mundo sediento de la verdad. Por eso que

¹⁸ Jacques DUPUIS, *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Bilbao 2000, 443.

no es entendible la división que vivimos los que decimos ser seguidores de Jesús. Es más, los que nos confesamos llamados a creer en un Dios que se nos revela (Judaísmo, Cristianismo, Islam) y los que se consideran practicantes de las religiones místicas. Dios es un Dios de comunión. Por lo tanto, hay un compromiso de vivir esta comunión universal, donde todo hombre y toda mujer lleguen a la plenitud de su humanidad. Hemos de seguir ahondando en las raíces profundas de nuestra propia humanidad.

“La luminosa vocación ecuménica es y será siempre la de vivir la reconciliación sin demora”¹⁹, decía el hermano Roger de Taizé. Trabajó a lo largo de su vida por la reconciliación de las iglesias cristianas, y no entendía por qué los cristianos, creyendo en un Dios de amor, dedicábamos tanto tiempo a debatir nuestras diferencias. El testimonio de Roger y de la comunidad de Taizé anima a ser fermento de reconciliación en el mundo.

Los discípulos de Jesús hoy estamos llamados a preparar un futuro de comunión universal. Jesús vino a dignificar al ser humano. Vivir el Evangelio implica amar en profundidad, y esa experiencia vital nos transforma a fondo, siendo sal y levadura en este mundo sufriente y ansioso de una vida plena. Es lo que Jesús llamaba la construcción del Reino de Dios. El reto común de los creyentes es hacer creíble, a través de una santidad de vida, que ese Reino de Dios es posible. Que el Reino de Dios, que es reino de vida, reino de verdad, reino de justicia, reino de paz, reino de gracia, reino de amor, esté en el compromiso y en la búsqueda de todo hombre y mujer de buena voluntad.

¹⁹ Hno. Roger de TAIZÉ, *Las fuentes de Taizé, op. cit.*, 35.